

# La lengua del viento

CARLO FRABETTI

Ilustraciones de Feliciano García Zecchin





# La lengua del viento

edebé



Carlo Frabetti

# **La lengua del viento**

**edebé**

© Carlo Frabetti, 2018

© Ilustraciones: Feliciano García Zecchin, 2018

© Ed. Cast.: Edebé, 2018

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

*Directora de Publicaciones:* Reina Duarte

*Editora de Literatura Infantil:* Elena Valencia

*Diseño de colección:* Book & Look

Primera edición, marzo 2018

ISBN: 978-84-683-3456-1

Depósito legal: B. 25978-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Cuando este libro vuelva a ser un árbol  
y en la lengua del viento te susurren  
sus hojas las palabras  
prendidas en las hojas  
del libro que ahora es: cuando lo leas...*



# Índice

1. La niña de ojos tristes .....	9
2. El detective disfrazado de niño .....	17
3. El abuelo huido .....	31
4. El abuelo volátil.....	37
5. El abuelo fantasma.....	43
6. Pájaros callejeros.....	51
7. El mapa del tesoro .....	57
8. Cinco bosques y catorce personajes	63
9. El quinto bosque .....	69
10. La vitrina de los libros preciosos .....	81
11. El facsímil.....	89
12. La lengua del viento .....	95
13. El final del juego .....	103
14. La única explicación .....	107
15. El sueño circular .....	113
16. El bosque parlante .....	119
Epílogo.....	129





# 1

## La niña de ojos tristes

La profesora de Ciencias de la Naturaleza les había encargado un trabajo sobre la fauna urbana.

—No valen los perros ni los gatos, ni las demás mascotas domésticas —les había advertido—. Tenéis que hacer el trabajo sobre los animales que se han adaptado a vivir en libertad en el área metropolitana.

—Profe, hay perros y gatos que viven en libertad —había señalado Guillermo.

—Bueno, si haces un trabajo sobre los perros callejeros o los gatos que viven en los tejados, también vale —había admitido la profesora.

A Guillermo le gustaban los perros callejeros y los gatos que rondaban por los teja-

dos. Se identificaba con ellos. O más bien le habría gustado poder ser como ellos: iban adonde querían, sin que nadie los controlara, y siempre había alguien que les daba de comer. O eso creía Guillermo.

De modo que el sábado por la mañana salió a la calle con los prismáticos, la cámara fotográfica y el bloc de notas en la mochila, dispuesto a convertirse en el gran cronista de los perros callejeros. Seguro que podía contar cosas muy interesantes sobre los chuchos sin amo que vagaban por la ciudad. Incluso podría escribir un libro. Sí, escribiría un libro con muchas fotos, y con mapas y gráficos, y con un CD con los ladridos de los perros vagabundos. Todo el mundo querría leer su libro, se haría rico y famoso, compraría una casa con un jardín muy grande, o mejor un palacio con un parque y un estanque, donde todos los perros callejeros de la ciudad podrían ir cuando quisieran, y los dejaría bañarse con él en el estanque...

Un agudo ladrido que sonó a sus espaldas interrumpió sus sueños de grandeza

canina. Se volvió rápidamente, alzando la cámara fotográfica que llevaba en la mano como el vaquero que desenfunda su revólver, pero no era un perro callejero. Era un caniche muy peripuesto que su dueña, aún más peripuesta, sujetaba con una de esas correas que se alargan y se acortan a voluntad.

—¡Te prohíbo que fotografíes a mi perrito! —exclamó la señora mirando a Guillermo con cara de asco—. Si lo haces, te denunciaré por atentar contra el derecho de *Cuqui* a la intimidad.

—No se preocupe, señora —contestó el niño bajando la cámara—, no voy a malgastar ni medio píxel con su chucho.

—¡¿Cómo te atreves?! ¡Llamar chucho a mi *Cuqui*! Para que te enteres, ha sido dos veces campeón nacional en su categoría.

A modo de respuesta, Guillermo emitió su cacofónica imitación del gruñido de un perro furioso, que lo había hecho famoso en el colegio, y *Cuqui* echó a correr a tal velocidad

que, a pesar de su pequeño tamaño, casi derribó a su dueña, mientras el niño seguía impertérrito su camino.

Al cabo de media hora, Guillermo se dio cuenta de que en su barrio no había muchos perros callejeros. De hecho, no había visto ninguno. Pero lo que sí había era un montón de pájaros. Gorriones, palomas, estorninos... Sacó los prismáticos de la mochila y los dirigió hacia las copas de los árboles que flanqueaban la calle, con la esperanza de encontrar un pájaro menos común. Tal vez una urraca, o una de esas cotorras que se escapaban de las casas y se adaptaban a vivir en libertad... Pero lo que vio fue otra cosa. Algo que le hizo olvidar por completo su trabajo de Ciencias de la Naturaleza.

Al pasar de un árbol a otro, sus prismáticos enfocaron casualmente una ventana. Una ventana que enmarcaba un rostro tan bello y delicado, a la vez que triste, que Guillermo, como si lo hubiera fulminado un rayo paralizador, detuvo en seco su barrido pa-



norámico. Era una niña de su edad, de ondulado cabello castaño y grandes ojos color avellana. Y en los ojos había lágrimas.

Sin pensárselo dos veces, Guillermo guardó los prismáticos y la cámara fotográfica en la mochila y echó a andar hacia el edificio en cuya ventana, en el primer piso, había visto a la niña de ojos tristes. Pero una vez allí, a pocos metros de ella, no supo qué hacer.

—¿Por qué me miras? —le preguntó la niña, un tanto bruscamente, al percatarse de su presencia.

—Por... nada —contestó Guillermo azorado—. Al verte llorar...

—No estoy llorando —lo interrumpió ella.

—Pero hace unos minutos estabas llorando.

—¿Cómo puedes saberlo? Hace unos minutos estabas en la acera de enfrente y en la otra punta de la calle, te he visto cruzar. ¿Tienes... poderes? —preguntó la niña entre inquieta e interesada.

Guillermo no quería mentir. Pero tampo-

co quería desaprovechar la ocasión de darse importancia. Así que contestó con aire misterioso:

—No exactamente.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy haciendo un... trabajo especial y tengo que fijarme muy bien en lo que ocurre a mi alrededor.

—¿Eres un detective o algo así?

—Algo así.

—¿Cuántos años tienes?

—Once.

—No hay detectives de once años.

—Eso cree la gente —dijo Guillermo bajando la voz, como si alguien pudiera oírlo—. Por eso puedo actuar sin que nadie sospeche.

—Entonces, tal vez puedas ayudarme —dijo la niña tras una pausa—. Si no estás demasiado ocupado...

—No, qué va —se apresuró a decir Guillermo—. El trabajo que estoy haciendo ahora no es importante, pura rutina. ¿Cuál es tu problema?



—No sé si debo... Mi madre no quiere que haga nada. Y además no quisiera molestarte.

—No es ninguna molestia. ¿Por qué no bajas y me lo cuentas mientras damos un paseo?

—Es que... no puedo bajar.

—¿Estás castigada?

La niña negó con la cabeza y, antes de cerrar bruscamente la ventana, dijo una sola palabra:

—Olvídalo.